
REVISIÓN TEÓRICA DE LOS FACTORES EXTERNOS DE INFLUENCIA EN LA FORMACIÓN DE PAREJAS EN LA ADOLESCENCIA

THEORETICAL REVIEW OF EXTERNAL FACTORS INFLUENCING THE FORMATION OF COUPLES IN ADOLESCENCE



María Dolores Díaz Bastida
María Peñaranda Ortega
Universidad de Murcia (Spain)

email: mariap@um.es

RESUMEN

En el presente artículo se definen los factores externos que influyen en la elección de pareja durante la etapa adolescente. Partiendo del desarrollo físico característico de esta fase para encuadrar el inicio de la atracción hacia los otros, se expondrán tres aspectos básicos que moldean el inicio y transcurso de las relaciones románticas. En primer lugar, el ámbito familiar, haciendo hincapié en el apego y los estilos parentales educativos; el área social especialmente enfocada en las relaciones con los iguales en segundo lugar y finalmente los medios de comunicación, mostrando el papel que juegan en la expansión de los estereotipos y roles de

ABSTRACT

In this paper, external factors which influence mate choice during the adolescent stage are defined. Based on the physical characteristic of this phase to frame the start of attraction towards others, three basic aspects that shape the onset and course of romantic relationships will be exposed. First, the family, emphasizing attachment and parenting educational styles; the social area especially focused on relationships with peers in second place and finally the media, showing the role in the expansion of stereotypes and gender roles which

género y que pueden marcar el noviazgo entre los adolescentes.

PALABRAS CLAVE

Amor, Pareja, Adolescencia, Búsqueda de pareja.

can mark dating among teenagers.

KEYWORDS

Love, Couple, Adolescence, Matchmaking.

INTRODUCCIÓN

En el estudio del amor son muchos los autores que han contribuido en torno a este concepto desde diversas perspectivas. Actualmente tenemos a nuestra disposición innumerable información con respecto a esta temática, conocemos los distintos tipos de amor y sus componentes, sabemos que es un sentimiento promovido por sustancias químicas cerebrales, y que va evolucionando en función de la edad y las vivencias, entre otras cosas. Nos proponemos revisar esta temática, poniendo el acento en el amor y la formación de parejas en la adolescencia, una etapa de adquisición de nuevas experiencias en donde este sentimiento se vive de una forma intensa, pero caracterizada por una gran vulnerabilidad debido a la impericia y al proceso de formación en el que se encuentran los jóvenes. Entenderíamos, pues, la adolescencia como la fase del desarrollo que se encuentra entre la infancia y la madurez, considerándose una etapa de transición estando caracterizada por importantes cambios a nivel físico y mental; es lo que Erikson (1980) denominó moratoria social, un tiempo de espera que la sociedad da a sus miembros de menor edad mientras se preparan para ejercer roles propios de la edad adulta. Igualmente, Rodrigo *et al.* (2004) afirman que la etapa de la adolescencia se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, dando lugar a contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la sociedad a la que desea incorporarse.

Por ello, los adolescentes son una materia moldeable y receptiva que está muy abierta a los influjos de los modelos sociales y de los contextos que frecuentan. En este sentido, las personas forman vínculos con los otros, los cuales van a tener un poder de influencia moldeadora del mundo interno de cada sujeto y su relación con los contextos próximos. De esta forma, los tipos de relaciones que se establecen son muy diversas, entre ellas encontramos las relaciones de pareja, una dimensión fundamental por la importancia que tiene para el ser humano, ya que el establecimiento de vínculos amorosos con otra persona es la expresión del concepto

de apego infantil, conllevando una gran carga de implicaciones emocionales, según Donatelle, Davis, Munroe y Munroe (2001) la pareja es la relación interpersonal más significativa para el ser humano y para Tordjman (1989), la elección de pareja tiene como finalidad crear un vínculo propio a partir de un grupo. La adolescencia, etapa de experimentación en las relaciones afectivas, supone un periodo decisivo para educar en valores afectivos y promover el establecimiento de relaciones de pareja saludables, ya que el noviazgo en esta fase supone un aprendizaje añadido de los modos de relación que se desarrollarán a lo largo de la vida.

En definitiva, en el presente trabajo se van a exponer algunos de los factores externos con mayor influencia en la elección de pareja adolescente, siendo éstos el inicio de las formas que adquieran sus futuras relaciones. Se tomará como origen fundamental el desarrollo físico tan característico de la adolescencia, así como la atracción sexual y afectiva asociada a éste, usándolos como encuadre de la explicación y se continuará, en primer lugar, por la influencia familiar en la que se ampliará el peso de los estilos parentales y el tipo de apego establecido, los cuales moldean el equilibrio emocional y social de cara a futuras interacciones. Otros dos aspectos de gran importancia dentro de la dinámica familiar son el maltrato hacia los hijos y el divorcio, los cuales no van a ser tratados en este trabajo debido a su extensión, pero sí se recomienda al lector que indague en torno a ellos, ya que hay disponible una amplia bibliografía al respecto y le ayudará a completar la comprensión en torno a la formación de la pareja. En segundo lugar y como finalización del trabajo, distinguimos otros dos grandes grupos de influencia externa, el grupo de iguales y los medios de comunicación. Todo este conjunto ejercerá una gran presión en torno al esquema personal y social que los jóvenes generan en relación al concepto de amor y pareja, así como la forma en la que se implican en la misma.

DESARROLLO FÍSICO Y ATRACCIÓN SEXUAL

La adolescencia es un largo camino lleno de cambios, una etapa de asentamiento de la identidad, imposición de la autonomía, búsqueda de la independencia y un creciente interés afectivo-sexual. Estos avances representarán las bases de lo que será un hombre y mujer adultos, por ello es importante conocer los elementos que subyacen a sus formas de pensar, sentir y actuar, las cuales aportarán información sobre la manera que tienen de relacionarse. Aunque son variados los elementos del desarrollo adolescente y sin quitar ni un ápice de importancia al resto, en este apartado nos centraremos en desarrollar aquellos aspectos internos que explican el incremento del interés afectivo y sexual hacia otra persona y que desembocará en el deseo de establecer relaciones de pareja.

Unido al cambio cognitivo, cada vez más semejante al adulto, encontramos una maduración cerebral que, aparte de explicar dichas modificaciones, facilita la aparición de los caracteres sexuales secundarios mediante segregación hormonal. Esto ocurre en lo que conocemos como pubertad, entendida como el periodo durante el cual maduran los órganos sexuales y correspondiéndose cronológicamente con la primera etapa de la adolescencia en la que se producen cambios en los caracteres sexuales, fruto esto de la producción de andrógenos y estrógenos en la hipófisis estimulada, a su vez, por un incremento en la actividad hipotalámica, por tanto, se trata del inicio de la maduración sexual (Palacios, Marchesi & Coll, 2004). Igualmente, establecen que esta masiva secreción de hormonas gonadotróficas serán las encargadas de estimular las gónadas sexuales, esto es, ovarios en las mujeres y testículos en los hombres que producirán hormonas sexuales en cantidades mucho mayores que años anteriores, siendo las últimas responsables de todos los cambios físicos que van a ocurrir durante estos años.

Durante este proceso, los jóvenes experimentan cambios muy significativos en su anatomía pudiendo ocasionar diversas reacciones psicológicas, afectivas y sociales dependiendo del género y de si se experimenta una maduración temprana o tardía. En esta fase de crecimiento los adolescentes adquieren mayor conciencia corporal debido a los cambios que está sufriendo su cuerpo, convirtiéndose éste en centro de interés y preocupación en muchos casos. Afirman que una maduración temprana en los chicos les ayuda a ser más populares entre sus compañeros, poseen un autoconcepto más positivo, ya que el crecimiento temprano les ayuda a sobresalir por encima de sus iguales en cuanto a superioridad física, aspecto muy valorado por los adolescentes varones e indudablemente siendo más atractivos para el sexo opuesto. Por otro lado, en las chicas no se sigue el mismo patrón, las que se desarrollan antes se sienten más incómodas y diferentes con respecto a sus amigas, siendo en muchas ocasiones el blanco de las burlas de sus compañeros (Williams & Currie, 2000), tienen mayor insatisfacción con su cuerpo, sufren más estados emocionales negativos y tienden a presentar más problemas de tipo conductual. Sin embargo, en lo que a relaciones sentimentales se refiere se trata de un arma de doble filo, ya que las chicas de maduración temprana son más solicitadas para salir y tener citas, aumentando así su autoconcepto y autoestima, pero el sentirse distintas respecto a las compañeras con maduración tardía incrementa sus niveles de ansiedad, infelicidad y depresión (Kaltiala-Heino, Kosunen & Rimpela, 2003).

En cuanto a la pubertad tardía, la situación se invierte. Según Palacios *et al.* (2004), que la mayoría de las chicas maduren antes que los chicos, supone que aquellas que llegan a la pubertad algo después lo hará igual que los chicos promedio, lo que le permitirá tener más tiempo de preparación ante el cambio y su

satisfacción corporal será mayor debido a que se asemejan más al estereotipo de mujer delgada actual. Sin embargo, los chicos que maduran más tarde se encuentran en desventaja, ya que tienen menor tamaño y fuerza física, por lo que raramente destacarán entre sus iguales y tendrán una probabilidad más baja de emparejarse con alguien, tendrán un círculo de amistades más reducido y se verá afectada su vida social en consecuencia, elemento muy importante en esta fase del crecimiento. Finalmente, si el crecimiento y la maduración van a ser la base sobre la cual se apoye la atracción hacia los otros y el deseo de relacionarse con ellos, las influencias contextuales van a dar forma a estas interacciones. El estilo de crianza familiar y la presión ejercida por el grupo de amigos y los medios de comunicación, serán los elementos que moldeen el concepto de pareja.

INFLUENCIA FAMILIAR

Lemaire (1979), menciona que la elección de pareja desde el punto de vista social está influida por la familia de cada individuo sin llegar a ser ésta impuesta. A pesar de que cada uno es relativamente libre de escoger, siguen existiendo presiones exteriores y patrones transmitidos. Por lo tanto, dichos determinantes sociales y la interacción entre los mismos van a crear cierta tendencia en las preferencias fundamentales de cada persona y, por ende, en la elección y mantenimiento de la pareja. Los estudios en relación al influjo que tiene la familia sobre el individuo coinciden en que ésta es el primer grupo de socialización del mismo. Su conformación se da mucho antes que el grupo de iguales, la escuela o cualquier otra institución socializadora (Rodríguez & Ovejero, 2005). Actúa como una red de relaciones y fuentes de apoyo, además de contribuir al ajuste psicosocial del individuo (Gracia & Musitu, 2000), así como a la formación de identidad y la adquisición de autonomía (Lila, Van Aken, Musitu & Buelga, 2006). Así, el tratamiento de factores de influencia dentro de la familia, como son el apego y los estilos educativos, son esenciales para poder conectar la vinculación padres e hijos con la forma de relacionarse a nivel de pareja en el futuro.

En este sentido, la evolución humana ha promovido que la unión de los niños con los progenitores sea una de las grandes necesidades básicas. En el seno de esta primera relación se forman representaciones mentales del apego, se genera la seguridad que forma la base de cara a la autoestima futura y expectativas positivas respecto a los otros y a las relaciones, además de establecerse las bases de la empatía y de la expresión y regulación emocional (López & Ortiz, 1999). Para Girón, Rodríguez y Sánchez (2003) cuando se desarrolla una relación de apego positiva, se satisfacen las necesidades físicas y psíquicas del niño, desarrollando un sentimiento de seguridad. La experiencia en torno a que la figura de apego es accesible y

responderá ante las necesidades, proporcionará un sentimiento de confianza que facilita la exploración del mundo social.

En consecuencia, el apego se desarrolla como un modelo mental que constituye creencias acerca de sí mismo, de los otros, del mundo social en general y juicios que afectan a la formación y mantenimiento de las relaciones íntimas durante toda la vida del individuo. Así, Ainsworth (1989) estableció la importancia que tienen los vínculos de apego creados con los padres durante la infancia para el mantenimiento de posteriores relaciones afectivas. Desde esta referencia inicial, autores como Botella (2005), mantienen que las personas que establecieron relaciones de apego seguro con padres cariñosos y sensibles ante sus necesidades, estarán más capacitados para tener con sus iguales unos vínculos sanos caracterizados por la intimidad y el afecto.

Siguiendo en esta línea, la importancia que tiene el apego en el establecimiento de relaciones futuras queda plasmado en estudios como el de Shaver y Hazan (1988), en donde afirman la existencia de una relación causal entre la forma de apego establecida con los progenitores y el tipo de vínculo afectivo con la pareja en la adolescencia y la etapa adulta, proponiendo que el amor puede ser considerado como la expresión del vínculo de apego en las relaciones afectivas entre adultos. Si se toman en consideración las necesidades de proximidad y de seguridad, evidentes también en la edad adulta, y las reacciones ante la pérdida o amenaza de abandono de las figuras de apego, se puede afirmar con Bowlby (1969) que el apego continúa y es funcional a lo largo del ciclo vital.

Los modelos representacionales construidos a partir de las primeras relaciones serían los responsables de esta continuidad relacional en el tiempo, perpetuándolos a través de las uniones establecidas con los otros. De esta forma, hay mayor probabilidad que aquellos que crecieron en una familia caracterizada por un patrón de apego seguro, estén más dispuestas a proporcionar apoyo y ayuda a los demás (Feeney & Collins, 2001), ya que están más orientadas a sensibilizarse y ayudar a otros, teniendo una mayor capacidad de regulación emocional (Mikulincer, Shaver, Gillath & Nitzberg, 2005). Por otro lado, las personas evitativas muestran una menor activación del sistema de cuidados, ya que su dificultad para empatizar con las necesidades ajenas coincide con su disposición a aumentar la distancia emocional y por último, las personas que crecieron en un entorno de apego ambivalente tienden a distorsionar la percepción de amenazas, sobre-activando el sistema de cuidados y realizándolo de modo compulsivo (Kunce & Shaver, 1994). Por último, en lo que a la relación del amor y el apego se refiere, Hazan & Shaver (1987) han puesto de manifiesto que las personas con un apego

seguro tienden a vivir las relaciones afectivas con emociones positivas, confianza, aceptación del compañero/a y tienen mayor capacidad para resolver los conflictos interpersonales. En las personas evitativas el amor está marcado por el rechazo a la intimidad, la falta de necesidad de depender de los demás, falta de confianza, altibajos emocionales y la dificultad para aceptar los defectos de la pareja. Estas personas suelen dudar de la existencia o de la estabilidad del amor, se perciben autosuficientes, quitando importancia a las relaciones afectivas. Finalmente, en los sujetos ambivalentes la experiencia de las relaciones afectivas se caracteriza por una preocupación obsesiva por el abandono, sienten un deseo insano de unión y reciprocidad, lo que les lleva a mantener conductas de desconfianza, celos extremos y presentar una mayor vulnerabilidad a la soledad.

El otro gran eslabón en la influencia familiar sobre la formación de relaciones de pareja en la adolescencia son los estilos educativos por parte de los progenitores. Las conductas con respecto a los hijos sustentan el tipo de apego experimentado por estos. Estos comportamientos incluyen las prácticas parentales, entre las que se encuentran el apoyo y el control (Gracia, Lila & Musitu, 2005. La investigación de Musitu, Moreno & Murgui (2006), refiere que aquellos niños que se crían con padres descuidados emocionalmente y que ponen poca atención a los sentimientos de los hijos, tienden a mostrar problemas en la adaptación de su entorno familiar y social, pues establecen interacciones del tipo agresivo y hostil. Igualmente, Aluja, Del Barrio & García (2007), señalan que los estilos de crianza parentales pueden afectar a la conducta y socialización de los adolescentes, por lo que se hace necesario conocer la forma en la que ciertas variables presentes en los progenitores se relacionan con los modos de crianza. En este estudio se encontró que los estilos educativos definidos por el cariño y aceptación se relacionan con rasgos de personalidad tales como responsabilidad y estabilidad emocional, alta satisfacción de pareja y preferencia por valores prosociales. Por el contrario, las formas de crianza basadas en la sobreprotección y el favoritismo se vinculan con baja amabilidad y baja apertura; el poco ajuste de pareja con falta de cohesión y los valores sociales, quedan definidos por falta de benevolencia y preferencia de prestigio social.

INFLUENCIA DEL GRUPO DE IGUALES

Como se comentaba anteriormente, las relaciones sociales con los iguales en la adolescencia son fundamentales, siendo cada vez más sólidas, ganando en importancia e intensidad, convirtiéndose los amigos en el contexto social más influyente en la toma de decisiones, proporcionando apoyo emocional que puede ayudar al adolescente a superar ciertos problemas como situaciones estresantes,

fracasos académicos o amorosos y es el lugar idóneo para que empiecen a cuajar las primeras relaciones de pareja. Igualmente, se convierten en fuentes de información como relaciones personales, íntimas o sexualidad (Berndt, 1996). Los amigos ganan importancia sobre otras figuras de apego, pasando a ser las principales en esta etapa, lógicamente el tipo de vinculación adolescente con los amigos va a estar muy marcada por la relación entablada con los padres durante la infancia.

El traspaso del vínculo afectivo de los padres a los amigos sigue una secuencia fija donde el primer componente en trasladarse es la búsqueda de proximidad, seguida de refugio emocional y ansiedad por separación, no siendo hasta la edad de 15-17 años, cuando los padres pierden el principal componente del apego: la base de seguridad (Hazan & Zeifman, 1994). Sin embargo, los cambios con respecto a los amigos no sólo se observan a nivel de vínculo afectivo, sino también en la estructura del grupo, lo cual va a influir en el tipo de relaciones que establezcan, esto es, se empiezan a producir cambios en las relaciones de género, ya que a medida que entran en la adolescencia los grupos de amigos van cambiando de estar compuestos casi exclusivamente por personas del mismo sexo, a ser grupos mixtos. Este cambio de amistades unido a la presión social ejercida por el grupo, sugiere que es el momento apropiado para el inicio de las relaciones románticas, debido a que el desarrollo general que están experimentando cambia la visión del sexo por el cual se sientan atraídos, aumentando su interés y sintiendo la necesidad de unirse a otra persona a nivel afectivo y sexual. En esta línea, Furman y Wehner (1994) afirman que las relaciones de pareja adolescentes satisfacen cuatro necesidades distintas: sexuales, de afiliación, de apego y de dar y recibir apoyo. Efectivamente, las primeras relaciones sirven para satisfacer básicamente las necesidades afiliativas, es decir, compañía y diversión, tal y como corroboran Brioso *et al.* (2009), las primeras relaciones son una forma social que generalmente no se caracteriza por la intimidad y en las que no suele haber una expectativa real de tener relaciones sexuales, sino más bien sirven de apoyo emocional y afectivo. De ahí, la importancia de tendrán las primeras relaciones amorosas sanas emocionales en la adolescencia para un buen desarrollo emocional y amoroso en los planes futuros de vida de los individuos (Melero, 2008).

No obstante, conforme avanza la adolescencia las relaciones en las que se embarquen los jóvenes tendrán un carácter más estable, ascendiendo la pareja en la jerarquía de figuras de apego. Siguiendo con lo anterior, suele ser en el contexto del grupo mixto donde los jóvenes empezarán a tener sus primeras citas, para posteriormente tenerlas fuera del amparo del mismo una vez que se sientan más cómodos en ellas. En esta línea debemos destacar la aportación que Connolly, Craig, Goldberg y Pepler (2004) han hecho en lo referente a los vínculos amorosos

adolescentes. Proponen un modelo dividido en fases que permite comprender el proceso de aparición, creación y consolidación de las mismas. En la primera fase hay un predominio de la atracción que no tiene porqué estar acompañada de una interacción física; en la segunda aparecen ya las primeras citas, que se caracterizan por ocurrir dentro del grupo de iguales, que en esta etapa, usualmente suelen ser grandes pandillas mixtas que se reúnen para pasar el tiempo de ocio. En la tercera fase, tienen lugar los primeros encuentros sin la presencia del grupo, pero se caracterizan por ser casuales y no estables. Por último, durante la cuarta fase predomina la relación de pareja en donde cada vez el grupo está menos presente y da lugar a un progresivo aumento de la implicación en la relación, lo que conlleva un incremento de la intimidad y el compromiso.

En definitiva, estas primeras relaciones de pareja son muy importantes para la vida social y emocional del adolescente, ya que, ente otras ventajas, les proporcionan prestigio ante los iguales. Los amigos son tanto el origen como el grupo que marca la pauta, o por lo menos, tienen un gran poder de influencia en lo que a la elección de parejas ajenas se refiere. Por este motivo no es de extrañar que los adolescentes prefieran y elijan personas que sean muy valoradas por los compañeros, debido precisamente a la presión e influencia grupal que reciben. En este sentido, Powell (1992) afirma que el motivo fundamental de las primeras citas no es un verdadero interés hacia la otra persona, sino más bien parece obedecer a las expectativas compartidas con el grupo de iguales, esto es, la estructura de las primeras relaciones está determinada principalmente por la familia, pero la actividad en sí debe ser aprobada por los iguales. El temor a la condena social influye en la elección de pareja en los adolescentes, ya que según el autor, el no conseguir un compañero/a puede ser interpretado como una falta de popularidad, produciendo un descenso en el estatus social del adolescente por no cumplir las expectativas grupales. Añade que parece haber cierta diferencia en función del sexo en torno a los criterios por los que se rige el grupo a la hora de aprobar una relación, es decir, parece ser que el factor de aprobación determinante para que un chico empiece una relación con una chica es el atractivo físico, mientras que en las chicas este factor se basa en un alto estatus social o popularidad entre los compañeros.

Prestar atención al atractivo físico es debido a que el procesamiento cognitivo sería la primera etapa en la respuesta a un estímulo sexual en la cual las diferencias de género son patentes. Los hombres son mucho más visuales que las mujeres, lo cual se refleja en una activación neuronal (Rupp & Wallen, 2008) y un arousal sexual (Chivers, Rieger, Latty & Bailey, 2004) con una tendencia claramente masculina a favor de esta estrategia de búsqueda de pareja. Por el contrario, las mujeres buscan algo más que un buen aspecto inicial, siendo profundamente más

selectivas (Finkel & Eastwick, 2009). Así, de acuerdo con psicólogos evolucionistas, los hombres estarían programados para perseguir e inseminar, y las mujeres se orientarían a la búsqueda del compañero ideal (Bergner, 2013). Estas afirmaciones no serían del todo ciertas si no se tuviese en cuenta la propia sociedad, de la cual se derivan actitudes y creencias que pareciendo de intereses personales, son históricas y culturales (Dabhoiwala, 2012; Laqueur, 1990). Una pieza cultural fundamental es que ilusoriamente, parece que las mujeres tienen menos líbido que los hombres (Cott, 1978).

Esta preferencia evolutiva se ve reflejada, tal y como expone Fisher (2004) en su trabajo sobre la actividad cerebral en personas enamoradas mediante el visionado de una foto de la pareja. Observó que los hombres mostraban mayor nivel de activación en áreas relacionadas con el procesamiento visual, especialmente el rostro, en comparación con las mujeres. Esto guarda relación con la preferencia de los hombres por el atractivo físico como criterio a la hora de seleccionar una posible pareja. El hecho de que prefieran mujeres bellas sería una ventaja reproductiva, ya que la belleza femenina indicaría salud y energía y una piel clara, suave y rasgos faciales delicados serían signo de elevados niveles de estrógeno, facilitando y garantizando la perpetuación de la especie. Aludiendo a los resultados femeninos, en el experimento se excitaron zonas relacionadas con los recuerdos y su evocación. Cuando recordamos cosas y registramos las emociones asociadas a ellas se trata de un proceso de auto-información a nivel sentimental, de este modo si ordenamos toda esa información nos ayudará en el proceso de toma de decisiones, esto es, durante millones de años las mujeres han tenido que elegir lo más concienzudamente posible a un compañero potencial con el que tener una prole sana, que permanezca a su lado y que sea una apuesta segura en la protección de la familia a todos los niveles debido a la gran inversión que supone el embarazo, el parto y la crianza, totalmente extrapolable a la actualidad. De esta manera, mientras que el hombre puede valorar a través de su vista si una mujer tiene potencial reproductor a través de su atractivo físico, la mujer tenía que tomar decisiones ante características que no siempre se ven a simple vista, como la capacidad protectora y de abastecimiento de su compañero para ella y su familia, que en la actualidad lo permite un estatus social alto.

En cuanto a los comportamientos que trascienden la necesidad de una relación romántica tradicional, nos encontramos muy presente en la actualidad las relaciones de un solo encuentro sexual o *hookup*, entre los adolescentes. Este hecho se puede interpretar desde una doble perspectiva: como una acción previa a la pareja y práctica sexual diversa encaminada a afinar preferencias en la búsqueda, o como una acción dirigida a aliviar el deseo sexual (García, Reiber, Massey &

Merriwether, 2012). Clark y Hatfield (1989) sugirieron que los hombres eran mucho más propensos que las mujeres para aceptar un encuentro sexual casual, sin embargo, un estudio más escrupuloso en cuanto a variables analizadas, expone que no es tan grave la diferencia de género en los encuentros fortuitos, ya que para ambos sexos, esta relación esporádica se decide en torno al placer que proporcionará, pero en el caso de las mujeres, se debe de tener en cuenta las características de personalidad de las féminas versus las proposiciones que les realizan los hombres, debiendo éstas ser idóneas para ellas (Conley, 2011). Mientras, los varones suelen ser más propensos a aceptar directamente, previendo únicamente el desenlace sexual como variable decisiva. Lyons, Manning, Giordano y Longmore (2013) enfatizan la mayor probabilidad de tener más relaciones sexuales esporádicas y de riesgo, con un bajo nivel educativo, concretamente, con los adolescentes que no llegan realizar educación universitaria.

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y CULTURA

Los medios de comunicación representan un amplio abanico de elementos cuyo contenido es altamente consumido por los adolescentes. Revistas, televisión, publicidad, películas, libros, redes sociales y así un largo etcétera de fuentes de información que cuyo buen uso aporta innumerables ventajas, no siempre transmite los valores más adecuados para una generación en pleno proceso de formación. Por este motivo, este apartado estará centrado en dar a conocer la influencia de los medios en la perpetuación de estereotipos, roles de género, promoción de relaciones de pareja tóxicas, así como mitos y creencias en torno al amor romántico, promoviendo una visión emponzoñada y poco realista del mismo.

Dallos (1996) plantea que la familia comparte patrones en la formación de su sistema de creencias al desarrollar una percepción única de la realidad y al definir patrones de conducta de forma semejante. La familia es la encargada de la construcción y fortalecimiento de comportamientos y creencias, por lo que los miembros construyen conjuntamente una realidad compartida. Este sistema de creencias y valores en función del género impartidos por la familia en primera instancia y reforzado por la sociedad, es lo que se conoce como estereotipos y roles de género. Así, los estereotipos se definen como creencias socialmente compartidas que se mantienen respecto de un grupo, a cuyos miembros se les otorgan una serie de papeles o conductas de rol que definen sus obligaciones y expectativas sociales (Yzerbyt, Rocher & Schandron, 1997), es decir, son los comportamientos, actitudes y valores sociales establecidos para cada categoría social, de tal forma que todos

desarrollamos un sistema de creencias que determina nuestras pautas de comportamiento en situaciones comunes de la vida.

Uno de esos factores externos que prolonga la existencia de los estereotipos y roles de género inculcados por la familia son los medios de comunicación en general. Desde la infancia nos transmiten información sobre los papeles propios de cada sexo que los niños y niñas van interiorizando, llegándolos a integrar en sus comportamientos como algo natural, más aún cuando estos mensajes coinciden con aquello que observan en su entorno más cercano. Sucede algo similar con la literatura en general y las películas, cuyos personajes llevan una carga de valores y actitudes muy estereotipados, siendo los niños/chicos valientes, fuertes e inteligentes, que son presentados como héroes y las niñas/chicas tímidas, cariñosas y delicadas las que obtienen como premio al príncipe o al héroe, mientras que aquellas rebeldes, que no acatan las normas o simplemente que representan otro papel alejado del normativo femenino, no suelen aparecer en ese final feliz.

Como consecuencia, esta forma distintiva de percibir a la persona en función del género al que pertenece, produce una distorsión sobre el papel social que juega cada individuo. No es de extrañar, por tanto, que las chicas tengan una concepción del amor mucho más adulterada que los chicos, percibiendo en menor medida una relación problemática, es decir, los chicos suele manifestar mayor claridad sobre los elementos positivos que les ha de aportar una relación de pareja y tienen menor confusión con sus sentimientos (Estébanez, 2010). Igualmente, según García y Martínez (2009), en la mayoría de los contenidos mediáticos, las mujeres han sido vinculadas al espacio doméstico, a los roles relacionados dentro de la familia, el hogar y al sexo, como objeto de deseo y placer de la mirada masculina, la erótica del cuerpo femenino como una constante en la manifestación de la identidad de la mujer. Todo ello se traduce en papeles, en comportamientos que se plasman posteriormente en las relaciones con los otros, incluidas las relaciones de pareja, dando lugar a una serie de expectativas y obligaciones del compañero/a sentimental y que generalmente distan de ser reales (Bosch & Ferrer, 2013).

Es innegable la influencia que mantienen las nuevas tecnologías y medios de comunicación como son Internet y las redes sociales, y el uso de teléfonos inteligentes y sus aplicaciones para la comunicación. La construcción de la identidad juvenil se encuentra dominada por la cibercomunicación, creando una nueva circunstancia para las relaciones de pareja. Arab y Díaz (2015) sostienen como cualidades positivas que la cibercomunicación ofrece a los jóvenes nuevas oportunidades de aprendizaje, facilita el entretenimiento, socialización, desarrollo de habilidades, creatividad y mejora de la motivación al aprendizaje. Sin embargo,

también se subrayan como aspectos negativos de ésta el distanciamiento afectivo, la pérdida de límites en la comunicación y en la capacidad de escucha. Todas estas características, son llevadas a la vida real por los adolescentes, ya que al ser consumidores de primer orden a nivel tecnológico, son la nueva generación de nativos digitales (Fajardo, Gordillo & Regalado, 2013). Ahora encontrar parejas apetecibles con las nuevas tecnologías y páginas web de contactos, es exponencialmente más fácil, pero la comunicación y la escucha han sufrido un cambio dramático (Arab & Díaz, 2015), facilitando en muchos casos emparejamientos de corta duración.

Los adolescentes prefieren formas de comunicación que, aunque consideran más privadas, forman parte de un proceso de extimidad o pérdida de la intimidad, comentando gran parte de su vida a través de las publicaciones virtuales (Sibilia, 2009). Sabemos que tanto la imagen corporal de los adolescentes como su autoestima, se ven claramente mermadas, debido a una preocupación estética y de felicidad aparente (Maganto & Peris, 2013). Esta actitud de relatar su propia vida en las redes digitales, parecen desembocar en una doble vertiente: quienes tienen baja autoestima lo hacen para conseguir una validación externa de la misma por parte de sus ciberamigos, y quienes tienen una autoestima alta, lo hacen para promocionarse más. Estos comportamientos llevados al extremo o desde la desinformación, pueden acarrear graves problemas como son el sexting, cibergrooming o ciberacoso, todos ellos debidos generalmente a la búsqueda de pareja o de afiliación a un grupo de iguales (Fajardo, Gordillo & Regalado, 2013).

Por otro lado, según el estudio realizado por Rubio Gil, Martín Pérez, Mesa Olea y Mesa Olea (2008) sobre la influencia de las revistas adolescentes en la sexualidad juvenil, este tipo de medios de comunicación tienen un impacto considerable en los adolescentes, ya que son una fuente de información sobre modas, actitudes y opiniones que ofrecen puntos de vista dualistas sobre la sexualidad femenina y masculina, cargados de prejuicios y estereotipos. Intentan mostrar una supuesta libertad de opciones para mujeres y hombres, sin embargo, esconden un trasfondo que recuerda a las imposiciones de antaño que sometían lo femenino a lo masculino y que asignaban rígidamente los roles sociales, pudiendo influenciar de forma muy negativa a las masas más jóvenes, ya que éstas utilizan las revistas juveniles con la intención de encontrar elementos que les ayuden a guiar su desarrollo sobre aspectos de índole sexual, social, física, psicológica, moral, ideológica y vocacional. Según este trabajo, la estructura que muestran mantiene papeles muy diferenciados, tanto en la naturaleza de los encabezados, como en su contenido, ya que están centradas en cómo gustar o vestir a la moda en las destinadas a las chicas y en torno a los coches, las motos o los videojuegos, en las revistas creadas para los chicos. El hecho de que los temas tecnológicos y científicos

aparezcan destinados de forma preferente a los chicos y los sentimentales a las chicas, manifiesta una distinción que podría aumentar la brecha socio-cultural entre hombres y mujeres. Así, aunque la separación de roles en nuestra sociedad se ha ido suavizando con el tiempo, en la cultura adolescente de consumo continúan reinando unos productos fuertemente estereotipados que llegan en un momento en el que tienen un fuerte ansia de identificación y referentes, de ahí que no sea difícil que a esas edades interioricen los estereotipos que favorecen el sexismo, la violencia de género y otro tipo de relaciones muy poco saludables. Siguiendo con éste trabajo y centrándonos en el análisis de contenidos de las revistas femeninas juveniles, en lo que a roles sexuales se refiere, la representación del hombre se caracteriza por perfiles psicológicos y de personalidad muy simplistas, centrados preferentemente en la apariencia física.

Por otro lado, en cuanto a los grupos de referencia femeninos se trata de cantantes o famosas en general que son definidas como divertidas, guapas, con éxito con el sexo opuesto y en el trabajo y cuyos valores centrales son la belleza, tener pareja y la diversión. Todo esto puede repercutir en la falta de profundización en el conocimiento y atención a las relaciones y a los sentimientos, por parte de los chicos, por centrar su atención en otras temáticas y en las chicas, por mostrarles definiciones y rasgos poco profundos en torno a la mujer. El carácter negativo reside en que a las chicas van destinados mensajes que hacen apología de la dependencia psicológica a través de la superficialidad, la necesidad del matrimonio, la moda, el flirteo y el imperativo de gustar al sexo contrario.

Finalmente, otro factor que juega un papel importante en el mantenimiento de las falacias relacionadas con el amor romántico es la música. Está presente en nuestro entorno y es fácilmente accesible a través de las nuevas tecnologías y, teniendo en cuenta que los adolescentes son grandes consumidores de ambas y que dedican muchas horas a su uso, esto les permite poder disfrutar de ella en cualquier momento, usándola en su proceso de formación de identidad y siendo su preferencia musical un medio para lograr la integración en su cultura, de forma que la música tendrá una gran dominancia sobre los comportamientos y emociones de los adolescentes. Igualmente, existen diferencias por sexo en el uso que se le da a la música, según Fuld *et al.* (2009) las adolescentes tienden a escuchar música que refleje su estado emocional, particularmente cuando manifiestan un estado de ánimo bajo, lo cual reforzaría el sentimiento negativo, mientras que los adolescentes son más propensos a escuchar música como un estimulante, como un reforzador de su nivel de energía o para mejorar su autoconcepto.

Siguiendo esta línea, según un estudio realizado por De la Peña Palacios (2009) en colaboración con el Gobierno de Canarias, tras analizar treinta canciones entre las más vendidas de tres listas oficiales españolas (Los Cuarenta Principales, del 100 al 1 y la lista AFIVE), el estudio muestra que el 77% de las canciones analizadas están interpretadas por hombres, de las cuales el 60% presenta como argumento central el desamor. De casi todas las canciones se observa que aquellas que son interpretadas por mujeres, las relaciones de pareja son dolorosas, sin embargo, si el autor es un hombre, el vocabulario tiene mucha más carga sexual. En general, el 86% de las canciones analizadas en este estudio muestran la dualidad amor-desamor, transmitiendo la idea de que las relaciones se basan sólo en éste ámbito, fortaleciendo las creencias populares en torno a esta temática. Según las conclusiones del estudio, las canciones trasladan a la sociedad la imagen de mujer como un cuerpo deseado por el hombre, es decir, volvemos a la figura erótica femenina como blanco de deseo sexual. En ningún momento hablan de independencia, fortaleza u otros valores femeninos que reflejen a la mujer como algo más prometedor que un simple objeto para ofrecer placer, así estas ideas quedan plasmadas de forma sutil y continua en la mente de los jóvenes, pudiendo reproducir posteriormente esa forma de pensar en comportamientos y actitudes en sus interacciones con los otros y, concretamente, en sus relaciones de pareja.

Estas actitudes tienen una clara consonancia con la complementariedad de los mandatos de género propuestos por Edgard Sampson (1993), por la cual el rol masculino tiene ciertas características sociales y expectativas propias de dicho género, compensado relativamente gracias a que el rol femenino tendría las virtudes opuestas o complementarias. El problema de base surge cuando a un individuo desde su cultura, se le fomentan unas herramientas y cualidades, pero se penalizan otra, creando así seres incompletos. Así, la construcción de la identidad de género se manifiesta como una suplementación desigual de actitudes, en donde la identidad masculina y femenina crean una relación de dependencia hacia el otro género, y con claras desventajas para ambos. Formulado de manera general, mientras a los chicos les va a costar más tener un autocuidado y un manejo emocional saludable, a las chicas, les será más difícil llegar hasta unos niveles de independencia y autonomía beneficiosos para ellas mismas. Cuando estas carencias de base que las personas arrastran, se unen a la búsqueda de pareja, es relativamente fácil que la nueva pareja comience con desequilibrios afectivos, de creencias y de comportamiento, los cuales se irán haciendo más patentes conforme la relación avance y se desarrolle.

También, las expectativas sociales definidas como los comportamientos que se deben esperar del otro y de la relación, son muy relevantes. El actual énfasis en la individualidad desde la cultura, provoca un menor sentimiento de

interdependencia hacia los demás, desembocando en actitudes más pasionales respecto al amor, que frente a valores más orientados a la intimidad o el compromiso (Melero, 2008). La influencia de la cultura y su ideal social, en el ajuste y satisfacción con la pareja, crea más mitos románticos y conflicto de roles en la relación, que entre las propias diferencias individuales se puedan producir (Melero, 2008).

En este sentido, Bosch y Ferrer, (2013) plantean un modelo piramidal de las desigualdades creadas entre hombres y mujeres, donde explican y diferencian los elementos causales de los desencadenantes. Quedan en este modelo formuladas las pautas que se desencadenan para el mantenimiento de un equilibrio sano y viable en igualdad de género, pasando por los micromachismos y hasta llegar a la violencia de género. Este modelo permite analizar el sistema creado en base a una pirámide que incluiría cinco escalones que varían en profundidad de asunción de los comportamientos desiguales, los cuales pueden ser abandonados por los individuos a favor de la complementariedad beneficiosa de género, tanto por chicos como por chicas, o ser asimilados y crear una injusta dependencia. La base de la pirámide estaría conformada por la sociedad patriarcal, imponiendo desde el inicio un modelo desequilibrado de pensamientos y comportamientos partiendo de la estructura social imperante. El segundo escalón serían los procesos de socialización diferencial por el que las creencias y actitudes generadas por esa cultura impondrían los mandatos de género (micromachismos). El tercer nivel estaría compuesto por las expectativas de control donde los propios individuos estiman las consecuencias de sus comportamientos. Los eventos desencadenantes, en cuarta posición, vendrían a facilitar o desinhibir la violencia contra las mujeres; y por último, llegaríamos en la pirámide al estallido real de la violencia, donde el varón se encuentra totalmente legitimado para ejercer control sobre la mujer. Dicho modelo también expone cómo ciertos varones no están inmersos en estas actitudes de mayor o menor grado de machismo, y son filtrados fuera del sistema social en cualquiera de los escalones propuestos. Para la fuga desde cualquier escalón, se necesita de una toma de conciencia masculina, donde se rechacen de manera responsable y voluntaria estar en unos privilegios que no le corresponderían en realidad, y al perder éstos, adquirir una construcción más saludable de su identidad masculina en la sociedad (Rebollo, 2010).

CONCLUSIONES

Hemos visto que son innumerables los factores que propician que la búsqueda de pareja en la adolescencia fluctúe entre características muy dispares y

que la interrelación que se mantendrá en la pareja también es diversa y compleja de englobar. Desde que comienza el desarrollo hormonal y físico de los adolescentes, el cual también comporta consecuencias sociales y grupales, sabemos que los factores de mayor implicación son la influencia de la familia, del grupo de amigos, y de la cultura y los mass media.

Podríamos citar varios factores que propician un establecimiento de relaciones saludables a largo plazo, pero siempre hemos de tener en cuenta que la maduración emocional y mental del individuo y su nivel de apoyo familiar y social van a ser decisivos. Entre estos factores sabemos que es favorecedor que el desarrollo del púber y la conciencia corporal, sean acordes con su maduración personal, el cual suele ser más satisfactorio para varones en pubertad tardía y dependiendo del nivel de manejo emocional, lo suele ser en pubertad temprana para las chicas. Desde la familia, son pilares fundamentales la creación de un vínculo de apego seguro, ya que proporcionaría una mayor capacidad de auto regulación emocional y autoestima futura y también se percibe como necesario un estilo educativo que esté basado en la aceptación y el respeto.

El grupo de amigos llega a ser el enclave fundamental durante la etapa de la adolescencia, siendo la mayor influencia que los jóvenes suelen acusar. Estos proporcionan un vínculo afectivo y emocional, llegando en casos a presionar para el inicio de las relaciones de pareja y de aprobación o desaprobación de las mismas.

Los medios de comunicación y la cultura, representan otro factor decisivo en las relaciones amorosas futuras que los adolescentes establezcan. Se ha comprobado el fuerte impacto que las revistas, películas, canciones y redes sociales tienen, transmitiendo muchas veces unos valores que distan de ser saludables y equilibrados. En este sentido, la sociedad también promueve unos rendimientos poco favorecedores para el establecimiento de lazos de pareja positivos y enriquecedores. Entre las contradicciones surgidas en el proceso de búsqueda de equilibrio personal de los adolescentes, puede ser muy positivo que estos consideren y revisen las imposiciones marcadas por la cultura y la sociedad, reivindicando un pensamiento crítico, digno y responsable.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M. (1989). Attachment beyond infancy. *American Psychologist*, 44(1), 709-716.
- Aluja, A., Del Barrio, V. & García, L. F. (2007). Personalidad, valores sociales y satisfacción de pareja como factores predictores de los estilos de crianza

- parentales. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 7(3), 725-737.
- Arab, E. L. & Díaz, A. (2014). Impacto de las redes sociales e internet en la adolescencia: aspectos positivos y negativos. *Revista Médica Clínica Las Condes*, 26(1), 7-13.
- Bergner, D. (2013) *What do women want? Adventures in the science of female desire*. New York: HarperCollins Publishers.
- Berndt, T. J. (1996). Transitions in friendships and friends influence. En J. A. Graber, J. Book-Gunn y A. C. Petersen (Eds.), *Transitions through adolescence: interpersonal domains and context* (pp. 57-84). Mahwah, NJ: L. Erlbaum.
- Bosch, E. & Ferrer, V.A. (2013). Nuevo modelo explicativo para la violencia contra las mujeres en la pareja: el modelo piramidal y el proceso de filtraje. *Asparkia*, 24, 54-67.
- Botella, L. (2005). Reconstrucción relacional y narrativa en psicoterapia: bases neurobiológicas. *Monografías de Psiquiatría*, 17(3), 27-33.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Vol.1: Attachment*. London: Hogart Press.
- Brioso, A., Contreras, A., Corral, A., Delgado, B., Díaz, M. C., Giménez, M., Gómez, I., Oliva, A. & Sánchez, I. (2009). *Psicología del Desarrollo. Volumen 2: Desde la infancia a la vejez*. Madrid: McGraw-Hill.
- Chivers, M. L., Riegers, G. Latty, E. & Bailey, J. M. (2004). A sex difference in the specificity of sexual arousal. *Psychological Science*, 15, 736-744.
- Clark, R.D. & Hatfield, E. (1989). Gender differences in receptivity to sexual offers. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 2,1, 39-55.
- Connolly, J. A., Craig, W., Goldberg, A. & Pepler, D. (2004). Mixed-gender groups, dating, and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 14, 185-207.
- Cott, N. (1978). Passionless: an interpretation of Victorian sexual ideology, 1790-1850. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 4, 219-236.
- Dabhoiwala, F. (2012). *The origins of sex: a history of the first sexual revolution*. New York: Oxford University Press.
- Dallos, R. (1996). *Sistemas de creencias familiares*. Barcelona: Paidós.
- De la Peña Palacios, E. (2009) *¿Reproduce sexismo?* Gobierno de Canarias. Consejería de Bienestar Social. Instituto Canario de la Mujer. Recuperado de <http://www.slideshare.net/DiversidadyCoeducacion/reproduce-sexismo>
- Donatelle, R. J., Davis, L. G., Munroe, A. J. & Munroe, A. (2001) *Health: The basics*. Toronto, Ontario: Pearson Education Canada, Inc.
- Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Estébanez Castaño, I. (2010). "Te Quiero... (sólo para mí)". Relaciones adolescentes de control. *TABANQUE Revista Pedagógica*, 23, 45-68.

- Fajardo, M. I., Gordillo, M., & Regalado, A. B. (2013). Sexting: Nuevos usos de la tecnología y la sexualidad en adolescentes. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(1), 521-533.
- Feeney, B.C. & Collins, N.L. (2001). Predictors of caregiving in adult intimate relationships: An attachment theoretical perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(6), 972-994
- Finkel, E.J. & Eastwick, P.W. (2009). Arbitrary social norms influence sex differences in romantic selectivity. *Psychological Science*, 20, 1290-1295.
- Fisher, H. (2004). *Por qué amamos. Naturaleza y química del amor romántico*. Madrid: Taurus.
- Fuld, G. L., Mulligan, D. A., Altmann, T., Brown, A., Christakis, D., Clarke-Pearson, K. & Strasburger, V. & Martínez, L. (2009): La recepción de la imagen de las mujeres en los medios: una aproximación cualitativa. *Comunicación y Sociedad*, 10, 111-128.
- Girón, S., Rodríguez, R. & Sánchez, D. (2003). Trastornos de comportamiento en los adolescentes. Observaciones desde una perspectiva sistémica relacional. *Psiquis: Revista de Psiquiatría, psicología médica y psicósomática*, 24(1), 5-14.
- Gracia, E. & Musitu, G. (2000). *Psicología social de la familia*. Barcelona: Paidós.
- Gracia, E., Lila, M. & Musitu, G. (2005). Rechazo parental y ajuste psicológico y social en los hijos. *Salud Mental*, 28(2), 73-81
- Hazan, C. & Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Hazan, C. & Zeifman, D. (1994). Sex and the psychological tether. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Attachment processes in adulthood. Advances in personal relationships* (pp. 151-180). London: Jessica Kingsley Publishers.
- Kaltiala-Heino, R., Kosunen, E. & Rimpela, M. (2003). Pubertal timing, sexual behaviour and self-reported depression in middle adolescence. *Journal of Adolescence*, 26(5), 531-545.
- Kunze, L. J. & Shaver, P. R. (1994). An attachment-theoretical approach to caregiving in romantic relationships. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in Personal relationships* (pp. 205-237). London: Jessica Kingsley Publishers.
- Laqueur, T. (1990). *Making sex: body and gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lemaire, J. G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lila, M., Van Aken, M., Musitu, G. & Buelga, S. (2006). Families and adolescents. En S. Jackson y L. Goossens (Eds.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 154-174). New York: Psychology Press.
- López, F. & Ortiz, M. J. (1999). *El desarrollo del apego durante la infancia*. Madrid: Pirámide.

- Lyons, H., Manning, G. & Longmore, M. (2013). Predictors of heterosexual casual sex among young adults. *Archives of Sexual Behavior*, 42(4), 585-593.
- Maganto, C. & Peris, M. (2013). La corporalidad de los adolescentes en las redes sociales. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 55(1), 53-62.
- Melero, R. (2008). *La relación de pareja. Apego, dinámicas de interacción y actitudes amorosas: consecuencias sobre la calidad de la relación. Tesis doctoral*. Universitat de València: Servei de Publicacions.
- Mikulincer, M., Shaver, P., Gillath, O. & Nitzberg, R. A. (2005). Attachment, caregiving, and altruism: Boosting attachment security increases compassion and helping. *Journal of Personality and Social Psychology*, 89, 817-839.
- Musitu, G., Moreno, D. y Murgui, S. (2006). Adolescentes infractores: la perspectiva psicosocial, en F. J. Rodríguez-Díaz y C. Becedóniz (Coords.). *El menor infractor: Posicionamientos y realidades* (pp. 13-36). Oviedo: Consejería de Justicia, Seguridad Pública y Relaciones Exteriores.
- Palacios, J., Marchesi, A. & Coll, C. (2004). *Desarrollo psicológico y educación* (2ª. Ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- Powell, M. (1992). *La Psicología de la Adolescencia*. México-Madrid-Buenos Aires: Editorial FCE.
- Rebollo, M. A. (2010). Perspectivas de género e interculturalidad en la educación para el desarrollo, en ACSUR. *Género en la educación para el desarrollo. Abriendo la mirada a la interculturalidad, pueblos indígenas, soberanía alimentaria, educación para la paz*. (pp. 11-32). Madrid: Las Segovias.
- Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. & Martín, J. C. (2004). Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*, 16(2), 203-210.
- Rodríguez, F. J. & Ovejero, A. (2005). *La convivencia sin violencia. Recursos para educar*. Sevilla: Eduforma.
- Rubio Gil, A., Martín Pérez, A. M., Mesa Olea, M. J. & Mesa Olea, M. B. (2008). *Influencia de las revistas juveniles en la sexualidad de las y los adolescentes*. Madrid: Instituto de la Mujer. Recuperado de <http://www.migualdad.es/mujer>
- Rupp, H. A. & Wallen, K. (2008). Sex differences in response to visual sexual stimuli: A review. *Archives of Sexual Behavior*, 37(2), 206-218.
- Sampson, E. (1993). *Celebrating the other. A dialogical account of human nature*. Londres: Harvester Wheatsheaf.
- Shaver, P. R., & Hazan, C. (1988). A biased overview of the study of love. *Journal of Social and Personal Relationships*, 5(4), 473-501.
- Sibilia, P. (2009). "En busca del aura perdida: Espectacularizar la intimidad para ser alguien". *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 8(2), 309-329.

- Tordjman, G. (1989). *La pareja: realidades, problemas y perspectivas de la vida en común*. México: Grijalbo.
- Williams, J. M., & Currie, C. E. (2000). Self-esteem and physical development during early adolescence: Pubertal timing and body image. *Journal of Early Adolescence*, 20(2), 129-149.
- Yzerbyt, V. Y., Rocher, S. & Schandron, G. (1997). Stereotypes as explanations: a subjective essentialistic view of group perception. *The Social Psychology of Stereotyping and Group Life*, 20-50. Oxford: Blackwell.